



Hipertexto 12
Verano 2010
pp. 206-207

Reseñas

Julio F. Hernando. *Poesía y violencia. Representaciones de la agresión en el Poema de Mio Cid*, Palencia: Ediciones Cálamo, 2009, 204 pp. [Hipertexto](#)

El autor establece en sus “Conclusiones” que “[e]l hallazgo más importante de [su] investigación es una reinterpretación global del *Poema de mio Cid*”, y postula que la lectura más difundida celebra en la figura del Cid todo lo que ella conlleva en el plano individual y social en una época de transición del ejercicio de la violencia: las relaciones dinásticas, las de la aristocracia guerrera y las que se extienden a los agentes asociados a la guerra, no nobles (por ejemplo, la de los “caballeros pardos”), tanto como “los habitantes de Burgos o los monjes de San Pedro de Cardeña interesados en la promoción del culto sepulcral del Campeador” (187). Para Julio Hernando, el poema no es una tal celebración, sino una cuidadosa, calculada herramienta persuasiva diseñada por un autor perteneciente al entorno curial –enriquecido a fines del siglo XII por el ascenso de los jurisperitos, según Alberto Montaner, autor de la monumental edición del *Cantar* en 2007-- que ha promovido el rol del monarca en cuanto *centro* equidistante de configuración del poder. La hipótesis indagada por Hernando es la de un proyecto que el siglo XII había hecho deseable y que continuaba vigente en el momento de su escritura a comienzos del XIII: la remoción de la clase guerrera autónoma representada por el Cid.

En este sentido, el libro trabaja sobre la base de una matización del género épico: “[e]l *Poema* es [...] un texto heroico que al mismo tiempo revela la incompatibilidad del héroe con el orden social y lo celebra en su extinción” (14). En una nota al calce, Hernando lleva esta “destitución” del Campeador al grado de extinción de su propio linaje al transferir “a sus dos hijas a otros grupos dinásticos”, siguiendo a Michael Harney en su *Kinship and Polity in the Poema de mio Cid* cuando observa que su “objetivo último [...] es la constitución de una dinastía propia” (151). Sin embargo, este aspecto trágico puede ser recuperado mejor que desde unas “precisas coordenadas socioculturales” (189), por el lado de la construcción de una *poética* y entonces resulta “inicial” y “original” o fundacional también en el pleno sentido homérico de la palabra. El héroe es justamente tal porque resulta destruido.

Este proceso de extinción del héroe es visto a través del uso instrumental de la violencia, crucial para el ascenso social del Cid que pasa por la derrota del conde de Barcelona y culmina en la conquista de Valencia, y que va del principio del *Poema* a la

mitad del segundo cantar. Ocupa el primer capítulo, y centra su accionar en el botín y en la apertura de la economía del regalo, sobre todo en la dirección del rey que posibilita para el dador —el Cid— “la reparación de su honra” (34). Hernando hace un uso cauto de la metodología de René Girard, enmarcada en la teoría dualista del signo y lo sagrado, con resultados interesantes, por ejemplo, en la comparación entre Edipo y el Cid en cuanto a sus respectivas ignorancias --de quiénes son sus padres para aquél, de quién emana la prohibición para éste-- que deviene una necesaria transgresión del esquema por parte del último al eludir la función de víctima propiciatoria y en su desvío de la condición de tal hacia los moros, cuando el monarca acepta el regalo de los caballos obtenidos por medio del botín. O en la indicación para la comunidad receptora del papel de víctima sustitutoria del rey Alfonso --bajo sospecha de fratricidio-- por parte del conde Ramón Berenguer, “el Fratricida”, que acepta esa condición (fundamental para el esquema) cuando es vencido por el Campeador. En el segundo capítulo, en cambio, es menos convincente la discusión sobre la busca de una “identidad desiderativa independiente” (93) de los infantes de Carrión respecto del Cid --modelo o vértice según la “triangulación” de Girard--, y, usando los conceptos de este autor, en su argumento a partir de las iniciativas en combate por parte de vasallos del Cid, de deslizamiento de la mediación de “externa a interna” propio de la transición a la modernidad donde las diferencias entre individuos se van diluyendo. De la sección “Modelo y Figura” de este capítulo a los dos siguientes, Hernando articula muy bien las relaciones de analogía en el poema, el movimiento en parejas (que pasará por la “feminización” de los dos infantes y la consecuente “masculinización” de las dos hijas del Cid, devueltas a su género al ser despojadas de sus vestidos y expuestas a la brutalidad de aquellos). Las analogías resaltan con destreza el episodio del engaño de Rachel y Vidas y el de la afrenta de Corpes, en busca de una persistente estrategia oral y escrituraria de destitución del Campeador. También es revelador el paralelo en cuanto a la marginalización de las parejas de prestamistas y las hijas del Cid clasificadas como “*pauperes*”, esto es, que no pueden ser objeto de la violencia de los *caballeros*—desde una perspectiva institucional *a posteriori* como fundamento ético del orden deseable, centrado en el monarca.

El libro se constituye en una lectura atenta y hábil, centrada en la interpretación del poema y en la discusión sobre todo de sus implicaciones socioculturales y políticas —énfasis en concurrencia con una deliberada ausencia en el poema del estamento religioso-- para la comunidad de Castilla-León, Navarra y Aragón, contrapuesta o complementada con la información histórica y legal más próxima al periodo abarcado por el del Campeador hasta el de la producción de sus escrituras y, sin lugar a dudas, es un aporte sustancioso a los estudios cidianos.

Alberto Villanueva